

Apuraba la tortura
 Con inventos y destrozos.
 Pasma de lo inverosímil,
 Del imposible trastorno,
 Arredondo le envidiaba
 Su inspiracion de demonio,
 Y Calleja sus infamias
 Supo con gozo diabólico.
 Marchaba entre los soldados
 De ese feroz Elizondo,
 Un jóven de noble sangre,
 De hermoso y amable rostro,
 Y en sus maneras dechado
 De compostura y decoro.
 Era Serrano su nombre,
 Teniente caballeroso,
 Contradiccion y contraste
 De aquellos facinerosos.
 Culto, educado en Europa,
 Fiel, inexperto, bisoño,
 Al mirar tanta matanza,
 Tanto incendio, tanto robo,
 Fué presa de la locura
 En accesos dolorosos.
 Se presentaba á su mente
 Cual Satanás, Elizondo
 Despedazando sus carnes
 Y entregándola á los lobos.

Veces mil miraba un ángel
 Que le gritaba imperioso:
 "Da muerte al traidor infame,
 "Mata justiciero al monstruo."
 Y así luchando, y con fiebre,
 Y gimiendo el pobre loco,
 De tormento eran sus dias
 Y eran sus noches de insomnio.
 Elizondo está en su tienda
 Despues de beber gozoso,
 Pidiendo al sueño ilusiones
 Y á su fortuna tesoros.
 Don Isidro de la Garza
 Le custodia á trecho corto;
 Las guardias yacen dormidas
 Y el campo está silencioso.

De pronto hay gritos, alarma,
 Y escándalo y alboroto;
 Acude la guardia, llegan
 Los soldados presurosos
 Con hachones en las manos,
 Y ven el cuadro espantoso
 En alto tiene la espada,
 Y erguido el terrible loco,
 A sus piés están tendidos
 Garza y el cruel Elizondo,
 Ensangrentadas las ropas,

Desfigurados los rostros,
 Nadando en mares de sangre
 Miembros truncos y despojos
 "Venid,—les grita Serrano—
 "Venid,—con acento ronco,—
 "Venid, yo soy de los cielos
 "Un enviado misterioso
 "A quien armó la justicia
 "Para castigar los monstruos."

Y refiere la leyenda,
 Que aquellos acentos sordos
 Tuvieron ecos horribles
 En Baján y sus contornos.

ROMANCE DE ARREDONDO.

¡Hola! ¡hola! á las mujeres,
 ¡Hola! ¡hola! á los ancianos,
 Corran niños y labriegos
 Hasta perderse en los campos.
 Allá entre nubes de polvo
 Se está viendo á los soldados
 De don Joaquin de Arredondo,
 Que es de la Frontera espanto.
 Cuando pasan sus legiones
 La tierra queda temblando,
 La gente de los cuarteles
 Dice que es asombro y pasmo,
 Y en la capital sus hechos
 Se créen por arte de encanto.
 Airados los insurgentes
 Le ven como al mismo diablo;

Con verter sangre delira
 Despierto como soñando.
 Y el General Arredondo
 Es, á la verdad hablando,
 Un aborto, un mal engendro
 Del calavera soldado,
 Desprecio de los valientes
 Y de los necios encanto.
 Vino, fandangos, mujeres,
 Ocupaban su descanso,
 Y luego frívolo y rudo,
 Prostituyendo su mando,
 Tocaba el clarin alarma,
 Se figuraba un asalto,
 Y al frente de sus secuaces,
 Y con la espada en la mano,
 Arremetia en las sombras
 Con entes imaginarios,
 Y los honores del triunfo
 Reclamaba entusiasmado.
 ¡Guay las provincias internas!
 ¡Ay de los pueblos lejanos
 En que aquel mico, en pantera
 Se trasformaba tirano!
 Entónces era el degüello
 Y los pueblos incendiados;
 Entónces á las familias
 Eran terribles asaltos,

Para tornar á las bellas,
 Y á la embriaguez y al fandango.
 Así cual nube cargada
 De tempestad y de rayos,
 Por huracanes furiosos
 Terror y muerte arrastrando,
 Retronaba en los desiertos
 Y en los pueblos era estrago;
 Así llamaba victorias
 Sus crueles asesinatos.
 ¡Pobres provincias internas!
 ¡Ay de sus hermosos llanos!
 ¡Ay de los pueblos inermes
 Con semejantes soldados!

FAMOSO ROMANCE DEL GRAN MORELOS.*

Con la bendición de Hidalgo,
Con la esperanza en el pecho,
Por compañero su brazo
Y por protector el cielo,
De Necupétaro humilde
Sale entusiasta Morelos,
Llevando en la mente un mundo
De heróicos presentimientos
Que en hazañas inmortales
Hacen tornar los ensueños.
Diez años contaba el siglo
De Noviembre entre los hielos:
Al Sur marcha el gran caudillo,
Donde hace su nido el fuego,
Y do la tierra fecundán
Del sol los ardientes besos.

* Los romances referentes al gran Morelos, quise dedicarlos expresamente al Sr. D. Ignacio M. Altamirano, en testimonio de fraternal cariño.

Por la hacienda de la *Balsa*
 El héroe pasa en silencio,
 Y andando más adelante,
 De milicias un sargento
 Le regala unos fusiles
 Tan maltratados y viejos,
 Que al dueño, no á su contrario,
 Causaban pavor y miedo;
 Y unas lanzas que parecen
 Por su inofensivo aspecto,
 Que lloraban su desdicha
 De no haber quedado leños,
 Mas congrega voluntades
 Con su palabra y su aspecto;
 Los unos sabio le llaman,
 Y los otros caballero,
 Y en pos de sí se llevaba
 A los hombres y los pueblos.
 Así penetró hasta *Tecpam*,
 Cuyas puertas se le abrieron
 Como dos brazos que estrechan
 A su señor y á su dueño.
 Y al aturdir de los vivas,
 Y al desbordarse el afecto,
 A servir en sus banderas
 Se presentan dos mancebos,
 Ufanos, briosos, altivos,
 Tan valientes como buenos.

Eran estos los Galeanas,
 Que despues resplandecieron
 Como unos soles fulgentes
 De nuestra gloria en el cielo.
 La corriente de patriotas
 Como rio va creciendo
 Crece, crece caudaloso,
 Que vas para el mar inmenso:
 Crece, y vístanse tus aguas
 Del resplandor de los cielos;
 Crece, que en tus ondas llevas
 Gérmenes de ilustres hechos.
 Así la fuerza insurgente
 Se dirige al *Veladero*,
 Y de las iras de España
 Se oyen los primeros truenos,
 Apenas cruza el combate
 Por los campos como el viento;
 Pero de muerte y venganza
 Estallaron los acentos,
 Y en las olas de Acapulco
 Fueron á morir los ecos.

ROMANCE DEL VELADERO.

En el cerco de montañas
Que al afamado Acapulco
Forman ya vistosa faja
O ya gigantesco muro,
Se mira empinado cerro
Que funge como reducto
Para amenazar al puerto,
De su pujanza seguro.
En derredor y á su espalda
Se despeñan exabrupto
Desfiladeros gigantes,
Doquier abismos profundos,
Desencajados peñascos,
Y senderos tan oscuros,
Como garganta de sierpe,
Como cañon de trabuco.

En la cima de ese cerro
 Míranse, cual negros puntos,
 Unos picos, que fortines
 Nombraron como por lujo
 Los gloriosos insurgentes
 Cuando iban en pos de triunfos.
 Caravalí fué el primero,
 De Morelos el segundo,
 Y el tercero San Cristóbal
 Por lo fuerte y lo seguro.
 Entre las ásperas quiebras,
 Entre aquellos encarrujos,
 Véense jacaes dispersos,
 Cual si escondieran el bulto,
 O como unos malhechores
 Entre la maleza ocultos:
 Y en tan incómodo sitio,
 El hado feliz dispuso
 Formar un foco de gloria
 Que diera á la Fama asunto
 Para cantar altos hechos
 Con admiracion del mundo.
 Ávila allí con denuedo
 Resistió el ataque rudo
 De setecientos realistas
 Que, en empuje furibundo,
 Pretendieron destrozarle,
 Siendo nueve hombres los suyos.

Allí, y donde *los Cajones*
 Forman un estrecho embudo
 De roca viva, Morelos
 Alcanzó espléndido triunfo
 En repetidos encuentros,
 A cual más sangriento y rudo.
 De allí partió, como rayo,
 Para abatir en minutos
 De Carreño la arrogancia
 Y de Páris el orgullo.
 Allí ha grabado la Historia,
 Severa y con firme pulso,
 El nombre del *Veladero*,
 Que Morelos sin segundo
 Dotó de auréola sublime
 Para los siglos futuros.

PRIMER ROMANCE DE MORELOS.

Dormidos los centinelas
Y las hogueras sin llamas,
Luciendo entre sus cenizas
Con brillo intenso las ascuas,
En lo hondo de oscura noche
Se entrega al sueño y descansa
El ejército de París
Que entónces el Sur mandaba,
Despues de crudos encuentros,
Despues de recias batallas
Con las tropas de Morelos
Que están á corta distancia
Hermoso Tonaltepeque,
Tú miraste las hazañas
De los Galeanas heróicos
Y de don Ignacio Ayala;
Tú viste empañar con sangre
Los cristales del Sabana.
Entretanto sigiloso,

Lleno de astucia y audacia,
 Morelos habla en reserva
 Con el bravo Julian Dávila,
 Y leves como las sombras
 El cercano bosque pasan
 Sin imprimir en el viento
 Ruido alguno sus pisadas.
 Llegan al campo de París
 Do Tavares aguardaba
 La noche está silenciosa,
 Murmuran dulces las auras,
 Y la luna como un cráneo
 Entre nubes se destaca.
 Vánse donde los cañones
 Sin custodia descansaban:
 “¿Quién vive?” una voz repite;
 “¡Fuego!” les responde Dávila,
 Y sobre el campo furiosos
 Los insurgentes se lanzan.
 Era el tumulto, el delirio,
 El terror y la matanza,
 Los gemidos, las congojas
 Y la demencia y la rabia.
 París, en medio al desórden
 Cauteloso se disfraza,
 Y vitoreando á Morelos,
 Del campamento se escapa.

SEGUNDO ROMANCE DE MORELOS.

De entre la densa tiniebla
 Que al triste Acapulco envuelve,
 Se ve brotar en los aires
 Y elevado sobre el Fuerte,
 Un farol, que es contraseña
 Que avisa á los insurgentes
 Que será suyo el Castillo
 Cuando al Castillo se acerquen.
 Encendióle Pepe Gago,
 Que mañero y vil y aleve
 Toma dinero á Morelos,
 Y tras robarle, le vende.
 Nuestras tropas se acercaron
 Confiadas, y de repente
 Al acento de Carreño
 Brotan de fuego torrentes,

Iluminando las playas
 Muy más que si el sol luciese.
 En raudales la metralla,
 Siembra estrago, horror y muerte:
 De las lanchas cañoneras
 El estampido estremece,
 Y por fin, despavorida
 Vuelve caras nuestra gente.
 Galeana se esfuerza en vano,
 Y la corriente le envuelve;
 "¡Alto!" grita, como el trueno,
 Morelos, con voz potente;
 "¡Alto!" y al ver que los suyos
 Al grito no se contienen,
 Bajándose del caballo
 Y puesto en tierra y tendiéndose,
 "Pasad sobre mi cadáver
 —Exclama, cerrando un puente;—
 "¡Pasad! y que, ejemplo de honra,
 "Hollados mis restos queden". . . .
 El tumulto se sofoca,
 Los soldados retroceden,
 Y entusiastas y esforzados,
 Restablecidos, alegres,
 Grandes victorias auguran,
 Grandes victorias prometen.

De Febrero, el año de once,
 Pasa el esforzado Jefe
 Entre los vivas del pueblo,
 Que, espontáneos y vehementes,
 Abren el alma á los goces
 De la patria independiente,
 Por las calles de Acapulco
 Un día despues del trece.